



AÑO IV

→ BARCELONA 2 DE MARZO DE 1885 →

NÚM. 166

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



TIPO DE BELLEZA (reproduccion fotografica por el método Meisenbach)

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—EL MAUSOLEO DE AUGUSTO, por don Emilio Castelar.—DE VENTANA Á VENTANA, por don Félix Rey.—SOLITA, por don Enrique Perez Escrich.—LOS GRANDES INVIERNOS, por el Doctor Hispanus.

GRABADOS: TIPO DE BELLEZA (reproduccion fotografica por el método Meisenbach).—UNA SOPITA, cuadro por L. Alvarez.—EN LAS CARRERAS, dibujo por J. Llovera.—EL NÉCTAR GERMÁNICO, cuadro por G. Geiger.—MESTIZAS DE FILIPINAS, dibujo por J. Montano.

NUESTROS GRABADOS

TIPO DE BELLEZA

(reproduccion fotografica por el método Meisenbach)

¡Bien haya el progresivo desarrollo del arte fotográfico (podremos exclamar al contemplar esta linda cabeza), que de tan acabado modo sorprende y deja estampada en la madera ó en el papel la expresion del rostro! Y la verdad es que dada la perfeccion de los procedimientos actuales, y en especial el de Meisenbach, no es de extrañar que se obtengan tan notables resultados.

A fin de que nuestros suscritores puedan apreciarlos debidamente, nos proponemos continuar en los números sucesivos la serie de *Tipos de belleza* de que forma parte el que hoy insertamos, todos ellos reproducidos fotográficamente y grabados por el procedimiento indicado, que con tanta fidelidad permite trasladar al papel hasta los menores detalles del objeto copiado.

UNA SOPITA, cuadro por L. Alvarez

Bellísima composicion, que respira carácter local y de época. No hay para qué decir que este cuadro está inspirado en una de las costumbres genuinamente españolas del pasado siglo. La visita de un padre guardiano a una noble dama traía indefectiblemente consigo el ofrecimiento del exquisito chocolate, y si por acaso se presentaba en la sala algun gallardo oficial, era de rigor brindarle con otro pocillo ó cuando ménos con una sopita ofrecida por los delicados dedos de la señora de la casa.

Las figuras de este cuadro, que están trazadas de mano maestra, nos retrotraen á aquellos felices tiempos en que las damas, los religiosos y los soldados eran las clases casi exclusivamente predominantes en España. En cuanto al mueblaje del salon y demás accesorios, bien se echa de ver que el artista ha hecho un estudio detenido de ellos para no incurrir en ningún anacronismo.

EN LAS CARRERAS, dibujo por J. Llovera

Otra bonita composicion de nuestro distinguido colaborador artístico el Sr. Llovera, podemos ofrecer hoy á nuestros lectores. En esta, como en todas sus obras, campean esa facilidad en el dibujo, esa delicadeza en los detalles y ese acierto en la eleccion de los tipos que tan apreciables hacen los trabajos de este artista. No creemos necesario proceder á la descripcion del asunto que este nuevo dibujo representa, por cuanto su título y el exámen del grabado lo dan suficientemente á comprender.

EL NÉCTAR GERMÁNICO, cuadro por G. Geiger

Que la cerveza es el licor nacional de las razas germánicas, harto lo demuestra el enorme consumo que de ella hacen, la aficion que por ella tienen jóvenes, viejos, hombres y mujeres, y el prurito de los artistas alemanes por trazar en sus cuadros tipos de bebedores de cerveza, si quiera pueda perdonárseles este afan cuando están pintados con el donaire y maestría con que Geiger ha tratado las figuras de su cuadro. Nosotros, sin embargo, creemos que el líquido en cuestion no puede inspirar bellísimas Hebes, sino á lo sumo coperas terrestres como la vieja de nuestro grabado.

MESTIZAS DE FILIPINAS, dibujo por J. Montano

Cuántas personas hayan visitado nuestro archipiélago filipino, convendrán en que los tipos femeniles presentados en este grabado son la fiel expresion de la verdad. Verdad es que estos tipos están copiados directamente del natural, pudiendo por ellos formarse exacta idea de los caprichosos y pintorescos trajes y tocados de las mestizas filipinas de desahogada posicion, trajes y tocados que tan perfectamente se amoldan á su especial belleza y que tan en armonía están con las exigencias locales y climatológicas del país.

EL MAUSOLEO DE AUGUSTO

La vida en Roma tiene una solemnidad que inútilmente intentareis sentir en ninguna otra parte. Las ruinas yertas os provocan á resucitar los personajes y los acontecimientos históricos que han llenado aquel mudo y tristísimo escenario. Sobre cada monton de piedras lisas y frias, rodadas muchas veces de un lado á otro por las tempestades sociales, no ménos procelosas que las tormentas aéreas y los terremotos profundos, el airecillo deposita varios átomos de tierra vegetal, agarrados á los intersticios, y penetrantes hasta los senos de las esenciales moléculas, que, humedecidos luego por la lluvia, brotan una corona de cicutas y zarzas, sobre las cuales corren luego vuestras ideas en tropel, á guisa de las luciérnagas con alas, semejantes por las noches á voladizas chispas

y á misteriosos aerolitos. Nada tan melancólico para el alma, pero nada tan revelador de la historia, como uno de estos paseos arqueológicos, en que los tristes y lacrimosos espectáculos de la muerte os provocan á la evocacion de personajes muertos y de ideas extintas. Nunca olvidaré la tarde aquella en que fui á visitar el mausoleo de Augusto. Despues de haberme detenido unos minutos en la plaza del Popolo, y contemplado las columnas rotas y las estatuas marmóreas surgiendo por las artísticas laderas del Pincio, tomé la calle Ripetta, una de las grandes arterias romanas, hácia el interior de la ciudad. Y andando por ella, como suelen los viajeros, al acaso, encontré á mi izquierda la calle dei Pontifici, cuyo número cincuenta y siete se denomina Palacio Corea, y en cuyo Palacio Corea se halla un monumento por mil razones famoso, el mausoleo de Augusto.

Apénas lo ví, cuando saltaron á una en mi memoria las páginas consagradas por Suetonio á los funerales del sucesor de César. Los cónsules alzaron el cadáver y los senadores lo recibieron sobre sus espaldas; una estatua de oro, efigie de la victoria, iniciaba el cortejo, y en pos de ella una imagen de Augusto, perfectamente erguida sobre su carro triunfal; á un lado y otro, formando hileras paralelas, en bustos y estatuas, todos los principales ascendientes de la familia imperial, y todos los principales héroes de la historia romana; despues, grandes simulacros y estandartes con los títulos de las leyes dadas y los nombres de las naciones vencidas por Augusto; luego coros de mancebos y doncellas, pertenecientes á la órden patricia, entonando elegias fúnebres; por último, pretorianos, caballeros, senadores y pueblo en traje de duelo, encaminándose por la cuesta Capitolina, á comenzar la procesion; deteniéndose en el Foro á oír los discursos apologeticos; pasando bajo el arco triunfal y reuniéndose en la Vía Flaminia, por último, sobre la explanada del Busto, ceñida toda ella y ornada de álamos, donde se alzaba una hoguera de leños resinosos y perfumados, realzada por varios ornamentos, entre los cuales se veía un templo circular, y en su centro el lecho, depósito aparejado para el augusto cuerpo, á cuyo alrededor dieron tres vueltas los pontífices, tres los caballeros sobre sus caballos y con sus banderas en las manos, tres los pretorianos que arrojaban sus joyas y preseas, tres la multitud que vertía esencias y aromas; hasta que acercándose Tiberio, su heredero y sucesor, antorcha en mano, pegó á todo fuego, y nubes de aromático humo se esparcieron por los aires, y lluvias de cenizas se precipitaron sobre la tierra, saliendo entre las llamas un águila imperial, en cuyas garras iba el alma del muerto á posarse allá en el Olimpo junto al trono del padre de los dioses.

Hé aquí la tierra, donde reposara el astuto fundador de la horrible autoridad imperial, presentida tan sólo por el genio de César, á quien segara y destruyera el puñal de Bruto. ¿Dónde se halla el basamento de mármol, sobre cuyas piedras cuasi transparentes alzabase, como sobre un zócalo de cristal bruñido, la colina funeraria? ¿Qué se hizo de aquel Augusto forjado en bronce, y cubierto de láminas áureas, el cual parecia mandar aún en estatua y efigie á la Roma, que habia oprimido en vida bajo su incontestable voluntad? Los mismos obeliscos, donde brillaban las inscripciones geroglíficas, gigantes testimonios de las victorias romanas en las orillas del Nilo, han desaparecido ambos de allí para erguirse hoy á la puerta de los templos y coronarse con el símbolo cristiano de la cruz bajo el cual resaltan aún más los íbis sagrados, las grullas de largo cuello, los signos de aquel paganismo, término medio entre las ideas panteísticas del mundo asiático y las ideas antropomórficas del mundo helénico, enlazando como anillo misterioso todo un continente con Grecia y ofreciendo un segundo término en el viviente silogismo de los antiguos tiempos y de sus tres edades históricas. Del mausoleo sólo queda en la indestructible puzzolana de Roma las cámaras vacías donde se depositaban los vasos cinerarios. Un moderno historiador de Augusto ha notado con exactitud y profundidad que el mausoleo del Dios se ha convertido en un teatro de vaudevilles, bufos, cancanes y otras farsas. En efecto, mientras el sepulcro de Adriano se levanta sobre la ciudad, coronado por los blasones de la guerra; y el sepulcro de Cecilia Metela, bruñido por el sol y los siglos, parece crecer y perfeccionarse al cincel de la Historia, ó al paso de la vida; y la pirámide de Sextio aún provoca las miradas de los viandantes, su religioso respeto, en el camino hácia la Basílica de San Pablo; y aquella sublime Vía Apia, circuida por el desierto, que exhala vapores de muerte, entre fragmentos y ruinas de otras edades os arroba en grandes pensamientos; y los tímulus de Horacios y Curiacios, simples montones de argamasa elevados sobre zócalos de piedra, obtienen de la memoria humana los holocaustos debidos al sacrificio y al heroísmo; la tumba del divino Augusto sirve como lugar de reunion á todos los titiriteros, á todos los payasos, á todos los bufones que divierten con sus gestos y con sus dicharachos los más bajos instintos de la romana plebe. Dominad la tierra, daos por un Dios en el Olimpo, vivid recibiendo los homenajes de todos los hombres y la obediencia de todos los pueblos; mandad, relampagueando como las nubes y luciendo como los astros del cielo, para que luego, en el refugio postrero de la vida, en el asilo de la muerte, allí donde os habiais levantado templos y altares de vuestro culto, vayan á profanaros y á maldeciros turbas de ridículos farsantes que manchen vuestros despojos y turben vuestro sueño. Hay Providencia. Ese hombre descollaba en el arte de engañar; la mentira se prendía á sus labios y el sofisma á su inteligencia; era su política una farsa y su vida una come-

dia; á la hora de espirar, cuando más necesitado estaba de presentarse desnudo ante la Historia, puesto que desnudo tambien debia presentarse ante la eternidad, arreglaba su tocado al espejo y pedia á sus amigos y á sus cortesanos que reconocieran en él á uno de los más consumados y de los más perfectos comediantes. La posteridad ha oído estos votos. En su sepulcro se representa una farsa eterna. Donde debia reinar el silencio, reina la algazara; donde debian correr lágrimas, corre vino; donde debian subir á lo alto religiosas plegarias, suben ridículas jácaras; donde debian estar de hinojos colegios de sacerdotes, saltan y rien compañías de payasos; por aquellas bóvedas, en vez de fúnebres elegias, resuenan histéricas carcajadas. Comparad las tumbas de los perseguidos, de los humillados, de los pobres, de los mártires; comparad las catacumbas, todas cubiertas de frescos, regadas de lágrimas, henchidas de oraciones, con ese mausoleo profanado por un cancan eterno, y decidme luego si debe ser terrible para los tiranos la justicia de Dios, cuando es así, tan grave y tan implacable, la justicia del tiempo.

EMILIO CASTELAR

DE VENTANA Á VENTANA

I

El escenario.

Allá, allá arriba; en lo alto de ese patio; en aquellas dos ventanas próximas al cielo y que en los tristes días del otoño se pierden entre las nubes; allí, en esas dos ventanas, las cuales, una enfrente de la otra, parecen estarse mirando siempre, pues sus vidrieras, heridas por los rayos del sol ó de la luna, semejan dos brillantes ojos cuyos párpados, quiero decir las maderas, unas veces se cierran como si quisieran dormir y otras se abren como si quisieran mirar; en esas dos ventanas, hace ya mucho tiempo, mediaron cosas que merecen ser escritas.

Pertenecia cada una de ellas á dos cuartos distintos que eran, y son aún, los sotabancos de la casa.

En el de la izquierda habitaba una anciana que tenia huéspedes; el de la derecha lo ocupaba una linda muchacha rubia que vivía de sus labores.

La ventana de la derecha, limpia como un espejo, se abría en el muro bajo un marco de verdura compuesta de varias macetas de geranios, claveles y azucenas, sobre las que cantaban, suspendidos de sus jaulas de dorados alambres, dos alegres jilgueros.

Unos blancos y bien almidonados visillos de muselina cubrian los cristales ocultando discretamente el interior del cuarto.

La ventana de la izquierda era más bien un hueco hecho en el muro; los pedazos de yeso colgaban de las jambas ennegrecidas por el polvo y la lluvia; la pintura del marco descascarillada y sin color, dejaba ver las grietas del pino en las cuales la araña habia tendido su flexible tela á manera de embudo; algunos vidrios se hallaban rajados y rotos, y las lacias cortinillas que se extendían sobre ellos eran digno telon de tan ruin y mezquino decorado.

II

Los personajes.

La escalera de la casa, poco despues de haber amanecido, parecia un jubileo.

¡Qué bajar y subir, qué golpear las puertas, qué sonar las campanillas, descorrer los cerrojos y chasquear los pestillos!

Las criadas salían á la compra con sus cestas al brazo, volviendo más tarde rendidas bajo el peso de las viandas; avanzaba el aguador, cuba al hombro, golpeando fuertemente con la madera de sus zapatos la ménos dura de los escalones; abríase paso el mozo de la tahona con el enorme cesto á la cabeza; contrastando con esta blanca mercancía, dorada al fuego del horno, se arrastraba escalera arriba el tiznado carbonero conduciendo al hombro su espuerta de esparto llena hasta los bordes; seguía el hombre del petróleo con la medida de laton en una mano y la lata del mineral en la otra; de puerta en puerta la mujer que recoge la basura y cuyas sucias manos se hermanan y fraternizan con tan ruin oficio; y por último, entre estas y otras muchas personas que bajaban y subían, saliendo y entrando, la portera que, de piso en piso, armada de todas armas, esto es del trapo del polvo, la escoba, y los zorros, andaba de un lado á otro barre que te barre, sacude que sacude, y limpia que limpia.

De pronto se abrió la ventana de la derecha, y, al ruido que la falleba hizo al girar sobre sí misma, prurupieron los jilgueros en mil acordados trinos.

Sonriendo dulcemente asomó entre las vidrieras una cabecita rubia, mostrando en unos sonrosados dedos dos miajitas de escarola á cuya vista los pájaros aletearon de gozo.

—Chiquitiin.... moniiin... pss... pss... tch... tch... Buenos días tengan ustedes, caballeros, buenos días. Pobrecitos, probrecitos; no tienen cañamones, ni agua; están muertecitos de hambre, muertecitos. La amita es una pícara, no piensa más que en dormir. Chiquitiin... moniiin... pss... pss...

—¿Qué alegría la de los animalitos! ¡parecen personas!

—¡Ah! ¿es usted, doña Celestina?

—¿Cómo conocen á quien los quiere!

—Chiquitiin.... moniiin....

— Los animales son muy agradecidos.
— Pss... pss.
— En vida de mi primer marido, que en paz descanse, tuve yo un gato de Angora; el pobrecito, siempre que me veía triste, no probaba bocado. Los animales son muy agradecidos, muy agradecidos... ¡más agradecidos que algunas personas!

— Y, ¿qué tal, doña Celestina, se trabaja mucho?
— Así, así, hija mía, así, así, y gracias a Dios que no falta. La semana pasada se me marcharon dos huéspedes; ya sólo me queda uno. ¡Ya ve V.! ¡un huésped nada más y con lo caras que están las cosas! Vamos, la digo a V. que vive una de milagro. En fin, quiera Dios que no se vaya también D. Toribio, porque ¡ménos es nada!

— ¿Quién es D. Toribio?
— El que ocupa este cuarto.
— ¿Quién, ¿ese joven feo que siempre está triste?
— El mismo, el mismo.
— Es muy antipático ese D. Toribio.
— Pues, mire V., dicen que tiene mucho talento; escribe en los papeles y echa sermones. Ve a V. cómo tiene el cuarto, todo lleno de libros en latín; y está siempre estudiando que te estudia hasta las tantas de la madrugada.

— Sí, sí; tendrá mucho talento, pero no se lava la cara. Debe ser muy sucio ese señor D. Toribio.

— Pues mire V. lo que son las cosas; en vida de mi segundo marido, que santa gloria haya, conocí yo a un señor de muchas campanillas y posibles, que iba a Palacio a comer con el Rey, y fué su ministro, y tuvo cuanto podía desear; pues mire V. lo que son las cosas, era tan descuidado, tan dejadote, que los pobres más pobres iban más limpios que él.

— Lo creo, lo creo, doña Celestina; hay muchos hombres como esos en el mundo. Chiquitiin... moniini... ¿Os habeis comido la escarola, eh?... ¡pss!... ¡pss!... Cómo quieren a su amita, cómo la quieren....

De la ventana del tercero salió diciendo una voz de sochantre.

— ¡Ay! vecina; ¡quién fuera pájaro!
— ¡Vaya un capricho!... y, ¿para qué?
— Para tener alas y volar al lado de V. y vivir en esas jaulas picando esos deditos.

— ¡Já... já... já...
— ¿Se rie V. de mí, vecina?
— ¡Tiene V. unas cosas!
— ¡Si V. supiera!...
— ¡Já... já... já...
— ¡Y qué boca tan rebonita pone V. cuando se rie!
— ¡Já... já... já... es V. muy chistoso.
— Y V. muy reterraciosa y muy...
— ¡Don Anselmo!

— ¿Quién anda por el tejado?
La ventana de Anselmo estaba precisamente debajo de la que ocupaba doña Celestina.

— Soy yo—dijo la vieja echándose de bruces en el antepecho.

— ¡Ah, es V.! Creí que maullaba un gato.
— ¡Já... já... já...
— ¡Qué buen humor tiene V., vecina!
— Yo soy así.
— Como a mí me gustan las personillas.
— Prefiero vivir alegre.
— Somos del mismo parecer.
— No siempre se ha de estar triste.
— Si necesita V. de mis consuelos...

— ¿Quién sabe!
— Sepa V. que soy suyo desde los pies a la cabeza.
— Es V. muy galante.
— Usted todo se lo merece, vecina.
— Tantas gracias.
— Don Anselmo.
— ¡Zape!...
— ¡Já... já... já...
— Diga V., vecinita, ¿le gusta a V. el teatro?
— ¡Ya lo creo!
— Doña Celestina.

— ¿Qué manda V., D. Anselmo?
— ¿Tendría V. inconveniente?... ¿Cómo se llama V., vecina?

— Angela.
— Ya me presumía yo que era V. un ángel del cielo. Doña Celestina.

— ¿Qué se ofrece?
— ¿Tendría V. inconveniente en acompañar a Angela esta noche al teatro?

— Con mucho gusto, D. Anselmo, con mucho gusto. ¡Ah! me muero por el teatro. En vida de mi tercer marido....

— Abuela, déjelo V. para luego; son las once y tengo que ir al ensayo. Vecina, ¿me da V. permiso para subir esta tarde a su habitación a entregarla los billetes?

— Es V. muy dueño.
— Hasta la tarde.
— Que sean de anfiteatro.
— Siendo para V. serán de gloria. Hasta luego, vecina.
— Y yo no soy nadie.
— Adios... mi Celestina.
— Adios, buena pieza.

A los pocos instantes Anselmo bajaba las escaleras cantando a media voz,

No enseñes en la playa
Las pantorrillas....

— ¿Quién es ese caballero del tercero?
— Un cómico que canta en la Zarzuela,

— ¡Es muy simpático!
— Pues vea V. lo que son las cosas...
— ¿Qué?
— En vida de mi tercer marido....
— Ahí sube su D. Toribio de V.; hasta la noche;—dijo Angela cerrando de golpe las vidrieras.

III

La oruga.

Caida la cabeza sobre el pecho, una mano escondida en la abertura del gaban y la otra entre las páginas de un libro, subía Toribio lenta y pausadamente los escalones.

Era Toribio hombre de 30 años de edad, mediana estatura, cráneo abultado, grandes orejas y barba y ojos negros. Desaseado, sucio y mal pergeñado, vestía un gaban lleno de manchas y de polvo, arrugado y raído, el cual caía sobre unos pantalones sin color, rotos en los bajos y de salientes rodilleras; su sombrero hongo de castor mugriento era acabado y digno remate de aquella figura a quien sustentaban un par de botas de becerro sin betun ni brillo, pero en cambio descosidas y agrietadas. La camisa, que, a pesar de la legía, había perdido su primitiva blancura, asomaba deshilachada y negra por el cuello y las muñecas formando caprichosos flecos.

Al entrar en su cuarto, y no bien hubo cerrado la puerta, Toribio arrojó el libro sobre la mesa y se sentó en una de las dos únicas sillas que tenía, las que, con un catre de tijera, un baul, un palanganero de tres pies, y una percha de dos horquillas, eran todos los muebles que ocupaban aquella habitación.

Sobre la mesa se veían amontonados hasta dos docenas de libros, varios cuadernos de papel rayado y un tintero de muelles sin tapa.

Así que Toribio se hubo sentado se quitó el sombrero y, con la manga del gaban, limpióse el sudor que le corría por la frente; después, la oruga se arrastró hasta la mesa y comenzó a hojear volúmenes.

Espinosa, Descartes, Kant, Hegel, Krause...

A la caída de la tarde, cuando más abstraído se encontraba en el estudio de la *Crítica de la razón pura*, dieron unos golpecitos en la puerta a los que acompañaron estas palabras:

— ¿Se puede?
— Adelante.

— ¿Se estudia, eh?—dijo Angela apareciendo en la habitación.

— Sí, señora;—murmuró Toribio sin moverse de su asiento.

— ¡Ah! ¿no me conoce V.?
— No recuerdo....

— Soy la vecina del sotabanco de enfrente.
— No sabía....

— Con el permiso de V.—interrumpió Angela adelantándose hacia donde estaba Toribio, quien, inmóvil y clavado en la silla que ocupaba, no sabía qué hacer y ménos qué decir.

Cuando Angela hubo llegado a la mesa, encorvó su hermoso busto y, poniendo los codos en el tablero, apoyó la cara entre las manos.

— ¿Qué lee V.?—dijo con una dulce y amable sonrisa.
— Metafísica—respondió Toribio torpemente.

— Y, ¿qué novela es esa?
— No es novela.

— Pues, ¿qué es?
— Es... es... es... metafísica.

— A ver, a ver; lea V. un poquito, que yo lo oiga. Toribio deletreando sordamente:

— Las categorías esenciales del sér, son, por tanto, egoidad, seidad y toteidad; en cuanto el sér es uno, el mismo y todo el que es.

— Y, ¿qué quiere decir todo eso?
— Pues, quiere decir....

— Me gustan más las novelas y el teatro. Allí hay amores, intrigas, muertes y desafíos. ¿V. no ha tenido novia nunca?

— No, señora,—dijo Toribio poniéndose más rojo que una amapola.

— ¿Tampoco le gustan a V. las novelas?
— Tampoco.

— ¿Ni el teatro?
— Ni el teatro.

— Usted perdona, pero es tener muy mal gusto. Y a propósito; esta noche me llevo a doña Celestina al teatro; volveremos a la una, porque después de la función iremos a tomar chocolate, es decir, si V. no tiene inconveniente en ello.

— Yo....
— Y también iremos mañana y pasado, y todos los días hasta que se acabe la temporada, es decir, si a V. le parece bien. ¿Qué tiene V. que decirme?

— Nada.

— ¿Quedamos en que me llevo a doña Celestina?
— Bien.

— El sereno abrirá a V. la puerta de la calle ¿no es eso?
— Como V. quiera.

— Y V. se llevará la llave de aquí arriba, ¿no es verdad?
— Bueno.

— Pues tantas gracias, y V. dispense que haya venido a distraerlo.

Angela se fué, y Toribio quedó como embobado y doña Celestina entró de allí a poco a decir a su huésped que la sopa estaba en la mesa.

Con la cuchara en la diestra, un trozo de pan en la iz-

quierda y el plato bajo la barba, Toribio levantó la cabeza y dijo a su patrona:

— ¿Quién es esa señorita?
— La vecina del sotabanco de enfrente.

— ¿Cómo se llama?
— Angela.

— ¿Qué familia tiene?
— Es sola.

— ¿De qué vive?
— De sus labores.

Toribio bajó la cabeza y maquinalmente siguió comiendo la sopa.

IV

Crisálida.

En poco más de dos meses se transformó Toribio en otro hombre.

Había estucado la habitación por su cuenta, las vidrieras tenían cristales de una pieza con sus cortinillas blancas; las maderas estaban recién pintadas y barnizadas; en las paredes del cuarto colgaban grabados de paisaje y figura muy bonitos y todo en él respiraba orden, limpieza, y aseo.

La persona misma de Toribio estaba completamente desconocida: vestía un traje de lanilla nuevo, sombrero de copa alta, botas de charol, blanca camisa y corbata de moda en la cual lucía un alfiler de metal dorado.

Su cara había blanqueado un tantico, se cuidaba la barba, y, de la frente a la nuca, se dividía el pelo en dos partes iguales sujetándolo con agua y perfumándolo a su vez con aceite de almendras dulces.

Kant, Hegel y Krause fueron sustituidos por Espronceda, Becquer y Zorrilla.

Doña Celestina estaba admirada; no quiso ser ménos que Toribio y le aumentó dos reales de pupilaje.

También habían sufrido alguna alteración las costumbres del filósofo; apenas salía de su cuarto, y se pasaba las horas muertas asomado a la ventana, no obstante el sol de julio que caía como hierro fundido.

Unas veces miraba al cielo, otras al fondo oscuro del patio, las más a la ventana de enfrente y bastantes al espejo en donde rectificaba el menor desperfecto de su tocado.

La ventana del sotabanco de la derecha se abría raras veces; de día con motivo del calor, de noche con motivo del fresco.

Angela apenas se cuidaba ya de las macetas y de los pájaros.

Anselmo subía todos los días a visitar a la vecina; nadie sabía a punto fijo a qué hora se retiraba.

En varias ocasiones Toribio intentó dirigir la palabra a Angela, pero no sabía cómo empezar.

Una tarde, sin embargo, se atrevió a decirle:
— ¿Esta V. enferma?

— No señor,—dijo ella secamente, mirando hacia la ventana del tercero como si buscara algo.

— No se la ve a V.
— Tengo que coser.

— No se la oye reír ni cantar...
— No tengo ganas para nada.

— Pues...
— Buenas tardes;—y desapareció dejando a Toribio con la palabra en la boca.

Estas breves y frías escenas se repitieron en varias ocasiones; pero el filósofo no desmayaba por eso.

Clavado a la ventana de su cuarto seguía, días y noches, mirando unas veces al cielo, otras al fondo del patio, las más a la ventana de enfrente y algunas al espejo.

V

Mariposa

A fines de setiembre la ventana del sotabanco de la derecha volvió a abrirse de par en par. El día antes Anselmo había abandonado la casa. Toribio, haciendo fuerzas de flaqueza, se atrevió a repetir su eterno estribillo.

— ¿Está V. enferma?
— No, mil gracias.

— Pues lo que es triste....
— Sí, lo estoy.

— Si no fuera indiscreción...
Hubo una larga pausa.

— ¿La ha ocurrido a V. alguna desgracia?
— Sí señor;—dijo suspirando Angela.

— Y, si se puede saber, ¿qué es ello?
Angela se puso encendida como la grana, y, señalando una de las jaulas, añadió entre dientes:

— El pájaro ha volado.
Con efecto, la jaula estaba vacía.

— Si quiere V. distraerse...
— ¿Cómo!

— Tengo unas novelas muy bonitas.
— Las novelas me aburren.

— Si V. quisiera ir al teatro...
— ¡Lo aborrezco.

— Tengo también las poesías de Espronceda.
— ¿De Espronceda!

— Sí, señora; de Espronceda.
— ¡Ah! ese autor me gusta mucho.

— La prestaré a V. el tomo.
— Yo no sé leer versos; eso hay que entenderlo.

— Sí, hay que darles expresión, armonía y....
— Usted debe leerlos muy bien,



UNA SOPITA, cuadro por L. Alvarez



EN LAS CARRERAS, dibujo por J. Llovera

- Tantas gracias.
- Dicen que tiene V. mucho talento.
- Es favor.
- Tendría mucho gusto en oírseles leer á V.
- Si no temiera molestarla...
- De ningún modo.

Toribio desde aquel día hizo la tertulia á Angela; la timidez de aquel, la belleza de ésta y el trato de ambos fueron los cómplices de un amor puro, inocente y desinteresado.

Espronceda fué el *Galeoto* de estos amores que en breve bendijo la Iglesia.

El día ántes de la boda Angela puso en el correo la siguiente carta:

«Anselmo: Has huido despues de haberme engañado. »La infinita misericordia de Dios se ha compadecido de mí y me ha dado un esposo bueno y honrado.

»Todo ha concluido entre los dos; la ausencia y el silencio pueden todavía devolver á mi ánimo la tranquilidad y la calma; nada más te pido. Adios para siempre.»

Así sucedió con efecto: Toribio y Angela vivieron dichosos, que la felicidad de la vida, cuando no es el perdón de nuestras culpas y pecados, está basada, las más de las veces, en el error y en la mentira.

FÉLIX REY

SOLITA

Novela de costumbres

POR DON ENRIQUE PEREZ ESCRICH

I

La protagonista

Dice Plinio que Marco Tulio Ciceron *hacía cosas dignas de escribirse y escribía cosas dignas de leerse*. Como yo estoy persuadido (sin necesidad de que nadie me lo advierta) de que á mí no me sucede lo mismo que al célebre orador romano, siempre que comienzo un libro ó una obra dramática es tal la desconfianza que de mí se apodera que temo decir lo contrario de lo que me he propuesto.

Los años traen consigo la reflexion, la madurez, el recelo, y disipan esa espuma del cerebro que lo poetiza todo en la primavera de la vida y que no se detiene ni aun ante lo absurdo.

Hoy el análisis, ese procedimiento que sirve para descomponer un todo separando ó subdividiendo las partes que lo constituyen y examinándolas una á una para llegar á conocer sus principios ó elementos, está al alcance hasta de los niños de 12 años, nueva generacion hambrienta de ciencia y de saber que sucederá á la presente con gran ventaja, si es que Dios no dispone otra cosa.

Los Aristarcos y los Zoilos abundan por todas partes, y no es extraño que á los escritores nos tiemblen las carnes cuando despues de largas vigiliass y no pocos trabajos terminamos una obra literaria y la damos á luz para recreo y solaz de los ménos y motivo de crueles censuras de los más.

El libro ó la obra dramática cae en las potentes garras del dominio público que á su antojo lo despedaza sin que pueda el padre intelectual defender á su hijo de las desolladuras que recibe, porque el escritor no es otra cosa que un pobre viajero que pasa su vida bordeando un lago sin fin en donde abundan multitud de mal intencionados mosquitos que se complacen en asatearle la delicada epidermis.

No hay hombre pequeño, si tiene buen sentido, que no se lamente de su poca talla, por lo ménos cuando se encuentra solo consigo mismo. ¿A quién no le gustaria elevarse tres codos por encima de las cabezas de sus contemporáneos? Sólo los hipócritas niegan este deseo siempre vivo en el corazon lleno de debilidades de la criatura.

Pero ¡qué diantre! es preciso resignarse con la talla que á cada uno le ha tocado en suerte, porque la naturaleza sábia y previsora así lo ha dispuesto al crear una escala gradual que comienza en el átomo y acaba en el sol.

El mismo soplo divino que fecundiza el hisopo, diminuta planta que crece en las grietas de los muros, da vida y fragancia al gigantesco cedro que perfuma las cumbres del Líbano; pero todos no podemos ser potentes cedros literarios de lozana y majestuosa vegetacion y por tanto nos resignamos á ser pobres y raquíticas plantas como el hisopo que no da sombra alguna en el jardín de la inteligencia.

Bien sabe Dios que, como ha dicho nuestro maestro el inmortal y nunca bien ponderado Miguel de Cervantes Saavedra, yo quisiera que este libro fuese *como hijo del entendimiento el más hermoso, el más gallardo y el más discreto que pudiera imaginarse. Pero no he podido yo contravenir la órden de naturaleza que en ella cada cosa engendra su semejante*.

¡Ah! desgraciadamente al que estas líneas escribe no le sucederá como al autor de *Galatea*, cuyos deseos se realizaron con creces, y que pasmó al mundo con *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

Pero comencemos pidiéndole á Dios que nos preste su ayuda, que buena falta nos hace, para referir con algun acierto la historia que nos ocupa, que precisamente por lo sencilla presenta más dificultad y necesita de toques más delicados.

Lloraba una niña amargamente llevándose con frecuencia sus pequeñas manecitas á los ojos para limpiarse las lágrimas que oscurecian la luz de sus pupilas, y al mismo

tiempo que lloraba hacia heróicos esfuerzos para no perder de vista una camilla, que dos hombres de blusa y gorra con chapa de metal, conducian á paso largo por la calle del Salitre en direccion á la de Santa Isabel.

Como la niña apenas contaba cinco años de edad y sus piernecitas no eran tan largas como las de los mozos hospitaleros que llevaban la camilla, mientras ellos daban un paso se veía obligada la infeliz rapaza á dar tres y por eso segun iba perdiendo camino se iba redoblando su amargo llanto, pues la amargura es propia de todas las edades.

Como una niña que llora no es cosa *del otro jueves* para llamar la atencion de los transeuntes, nadie se fijaba en el desconsuelo de aquella pobre criaturilla; porque las lágrimas son una cosa tan comun, tan corriente en este pícaro globo terráqueo, que lo extraño, lo inverosímil es vivir y no llorar, sobre todo siendo mujer, esa débil mitad del género humano á la que le cupo la peor parte en el *reparto ve-cinal*.

La pobrecita heroína de nuestra fábula subia ya fatigada por la calle del Salitre cuando los hospitaleros, cargados con la camilla, torcieron á la derecha por la de Santa Isabel, y temiendo perderlos de vista, redobló su marcha con tan mala fortuna, que fué á tropezar de lleno con el vientre de un caballero de cara de vinagre, de cejas salientes, de nariz hundida y de boca con todas las líneas y predisposiciones propias de un perro *bull-dog*.

El caballero, que salia de un portal, y en el cual el mal humor debía ser una perpetuidad de sus condiciones morales, cogió bruscamente á la niña por un brazo, y sacudiéndola de un modo nada suave y sin respetos á la debilidad, le dijo, con malhumorado acento:

—¿Qué manera de andar por las calles es esta, bribona?

—Suélteme V., señor, que se llevan á mi padre,—exclamó la niña, haciendo un esfuerzo para desprenderse de aquellas manos de hierro que la sujetaban.

—A la Prevencion sí que te voy yo á llevar para que te impongan el correctivo que mereces,—añadió el hombre agitando sus mandíbulas como el perro de presa que se dispone á morder y sacudiendo por segunda vez á la niña como si fuera un sonajero.

—Por Dios, suélteme V., ya no veo los hombres que se llevan á mi padre.

Y efectivamente, los hospitaleros se habian perdido de vista: las lágrimas se redoblaron en los ojos de la pobre niña y fijando sus enrojecidos ojos en aquel hombre de adusto semblante que la fatalidad colocaba ante su paso, dijo con acento doloroso:

—Me hace V. daño... Ya no veo á mi padre...

El señor de las cejas y el hocico saliente empujó con brutalidad á la pobre niña ántes de soltarla y murmuró:

—Vete al diablo; Madrid está lleno de gente perdida; todas estas chicuelas vagamundas no son otra cosa que alumnas de la Cárcel Modelo.

Y clavando con ferocidad sus pequeños y verdosos ojos en la aterrada niña, continuó su camino.

Este señor se llamaba D. Restituto Molinero y era un pólipo humano que vivia chupando la sangre de sus coetáneos, especie de guarismo con pantalones y gaban, que desde antaño tenia encendidas dos velas ante su santo favorito, la usura.

Pero dejémosle caminar calle abajo por la del Salitre y volvamos á encontrar á la protagonista de nuestra historia.

La pobre niña, repuesta un tanto del miedo que el malhumorado señor la habia causado, echó á correr de nuevo, pero al llegar á la calle de Santa Isabel buscó en vano la camilla; no vió nada: los mozos hospitaleros habian desaparecido, la infeliz muchacha quedó aterrada, sus ojos de serafín, llenos de lágrimas, giraron en todas direcciones, y como su infantil y perturbada imaginacion no podia darse cuenta de ciertas cosas, se arrió á la pared y continuó llorando, porque cuanto más pura y virginal es el alma, más cantidad de lágrimas atesora.

Así pasó el tiempo: quizá la niña abrigaba la esperanza de que su padre pasaria por allí, pero la esperanza, esa fuerza secreta que nos reanima, ese perfume purísimo que fortalece el corazon, para algunas criaturas que nacen selladas por el infortunio suele desvanecerse aun en esa edad de las ilusiones y los sueños de color de rosa.

Vivir es sufrir, como ha dicho el filósofo, y para muchos el sufrimiento comienza en la cuna y con una tenacidad cruel les acompaña hasta el sepulcro.

Para esta familia de desgraciados la existencia es una vía dolorosa, y sólo en la hora de la muerte les ilumina un rayo de sol, porque para ellos morir es descansar.

Gran conocedor de las perturbaciones y penalidades de la vida debió ser aquel á quien se le ocurrió decir por la primera vez, *bien vengas mal si vienes solo*, porque recibir con los brazos abiertos y la sonrisa en los labios un mal ó una desgracia, sólo puede hacerlo el que esté calafateado por el dolor y sepa, por experiencia propia, que la vida de la criatura no es otra cosa que un *más* perpetuo, interminable, eterno, que redobla las fatigas de nuestro anhelo y que todos esperamos sin advertirlo.

Pero volviendo á la pobrecita niña, diremos que sucedia el *caso* en una tarde del mes de diciembre, y que, como en esta época del año las tardes son cortas, se hizo de noche, por lo cual entónces, llenos de sombras y de lágrimas los ojos, la niña dirigia una triste mirada en derredor sin poder explicarse lo que buscaba.

Los pájaros y los niños pierden su proverbial alegría durante las horas de la noche, porque para ellos la oscuridad no solamente es el período del sueño, sino del sobresalto y de los temores.

Los niños temen á esa fantasma imaginaria que no han visto nunca, que les hace temblar y enmudecer y que

ellos llaman, con su encantadora media lengua, *el coco*; y los pájaros temen, con más fundamento, á esas alevosas aves nocturnas de vuelo silencioso y perspicaz mirada que les dan caza traidoramente y que luégo celebran sus festines entre las tinieblas.

La pobre niña, aunque no era su edad la más á propósito para entregarse á esa meditacion serena que hace brotar la luz en el cerebro en los momentos de conflicto, pensó que, arriada á la pared donde estaba, no podia pasar la noche, y que además sentia hambre y frio, dos impresiones que ella no podia definir con la belleza de estilo de Víctor Hugo, pero que no por eso dejaba de sentir á la una agitarse malhumorada en el estómago y al otro extenderse por todo el cuerpo como un flúido desconsolador, porque saben todos los que desgraciadamente han tenido hambre y frio, que el hambre se reconcentra y el frio se extiende.

La inaccion es un poderoso auxiliar para que el frio sea más insoportable, y la niña, sin explicarse el porqué, se puso en movimiento y comenzó á bajar la calle del Salitre á buen paso en direccion á San Lorenzo.

¿Dónde iba? la pobrecita lo ignoraba; caminaba á la ventura abrigando sus manos, amaratadas por la falta de calor, debajo de los brazos y llorando siempre sin encontrar un alma caritativa que le preguntara el motivo de aquellas lágrimas.

Así anduvo más de dos horas, atravesando calles y calles. Sin duda la pobrecita buscaba su casa sin encontrarla; su pasado era corto, puro como el crepúsculo matinal; su débil imaginacion buscaba por todos los rinconitos de su memoria algo, y buscando este algo, que ella no podia encontrar, dieron las once de la noche y la fatiga y el hambre la obligaron á caer desfallecida junto al batiente de piedra de un portal.

Allí se redujo todo lo que pudo, replegándose en el quicio de la puerta; encogió las piernecitas para abrigar un poco los helados piés con el vestido, pero la falda era demasiado corta para conseguir su objeto. Cerró los ojos y pensando, sin duda, en su madre, se quedó, más bien que dormida, aletargada por el hambre y el frio.

¡Pobre niña!... Si al ménos hubiera tenido un compañero de infortunio, una amiga en la desgracia á quien poderse arrimar, se hubieran prestado mutuamente el calor de sus cuerpos, como hacen muchas veces esas infelices criaturas que viven en medio del arroyo y pasan las noches en los quicios de las puertas, hacinadas las unas sobre las otras para preservarse de la intemperie.

Este triste cuadro se contempla muchas veces en las crudas noches de invierno, y se forma mal concepto del país donde semejantes cosas suceden, porque los niños, que por su debilidad debian inspirar una predileccion á los gobiernos, son desgraciadamente los que se ven más abandonados.

Un niño lo aprende todo con facilidad, y de seguro que nada bueno puede enseñarle el abandono y la miseria.

Pero volviendo á la pobrecita niña que nos ocupa y cuya historia nos hemos propuesto narrar, es indudable que aquella noche se hubiera muerto de frio y de hambre, pues el termómetro marcaba tres grados bajo cero á las cinco de la tarde, á no velar por ella la Providencia, esa eterna remediadora que se encarga de ser madre amorosa de los desgraciados, como verá el curioso lector si tiene paciencia para leer el capítulo que sigue.

II

El protagonista

Se llamaba Aurelio Valflorido, tenia 36 años de edad, ojos grandes, azules, cabellos rubios y el rostro hermoso como el de un arcángel.

Su figura era esbelta, sus modales distinguidos y en su semblante se hallaban reunidos todas esas líneas, todos esos tonos suaves que emplea un pintor de genio para trasladar al lienzo la perfecta expresion de la bondad y el sufrimiento.

Aurelio era músico, y músico de talento; pero como el carácter constituye la fortuna del hombre, Aurelio no tenia carácter para hacerse rico, y así es que, á pesar de haber recorrido toda Europa como maestro de canto, gran profesor de violin y compositor de una docena de sinfonías que se ejecutaban con gran aplauso en el mundo musical, nuestro héroe vivia en una modesta posicion si bien se hallaba relacionado con lo más escogido de la sociedad madrileña.

Aurelio era un perfecto soñador, y sabido es que en este mundo material y positivo los soñadores medran poco y la fortuna les vuelve la espalda, haciéndoles una mueca de desprecio.

Se decia en voz baja que Aurelio habia amado con todo su corazon á una mujer y que esta mujer se habia complacido con un refinamiento y una crueldad increíbles en arrancar una por una todas las delicadas fibras del corazon del maestro compositor.

A pesar de esto, el alma de Aurelio era tan hermosa, tan bella, que se conmovia ante el menor gemido.

Debemos decir que nuestro héroe miraba á las mujeres con cierta prevencion, como el hombre que tiene fundados motivos para no esperar nada bueno de ellas; sin embargo, esta prevencion, esta desconfianza, las reservaba en el fondo de su pecho y nunca sus labios pronunciaban palabras ofensivas para el bello sexo, tratando siempre á las mujeres con la galantería y la buena educacion á que está obligado todo hombre bien nacido.

Como Aurelio era un hombre hermoso y de talento,

con grandes condiciones para brillar en sociedad, algunas mujeres le demostraban sus simpatías de un modo harto significativo y entonces el maestro procuraba de un modo fino y delicado convencer á las interesadas de que él se habia propuesto no amar más que á la música y á los pobres niños desvalidos que la casualidad colocaba ante su paso.

Y efectivamente, Aurelio tenia verdadera adoracion por todos esos pequeñuelos que viven en el paraíso de la inocencia, perfumando la tierra con la virginidad de sus sonrisas; y muchas veces el maestro compositor se quedaba contemplando sus inocentes juegos y solia decirse en el fondo de su alma:

—Parece imposible que esos ángeles con el tiempo se conviertan en demonios.

La caridad, esa primera y hermosa virtud del alma, se hallaba encarnada en el corazón del buen músico y la practicaba siempre que tenia ocasion.

(Continuará.)

LOS GRANDES INVIERNOS

I

El invierno.—Periodicidad de los grandes inviernos.—El período de los 40 años de Renou.—La lista de inviernos de Renou.—El gran período de 130 años.—La lista de Köppen.—Grandes inviernos ántes de J. C.—Cuarenta días de nieve en el Foro de Roma.—El invierno de 210 ántes de J. C.—Los frios de la Armenia.—Carga de caballería en el mar.—Los hielos del mar Negro y del Bósforo.—Los inviernos del siglo IX.—El Nilo helado.—Cinco meses de nieve.

Emplea la Tierra un año en dar su vuelta alrededor del Sol, y durante este tiempo sucedense en cada comarca unas tras otras las cuatro estaciones, segun la oblicuidad con que llegan los rayos del gran astro y no por lo que varíen las distancias que de la Tierra le separen.

Pero es claro, que reproduciéndose todos los años con exacta uniformidad las posiciones relativas del Sol y de la Tierra, y dependiendo de estas posiciones el calor del verano y el frio del invierno, estos debian ser constantemente iguales para cada comarca, es á saber, todos los inviernos con la misma intensidad de frio, con los mismos hielos, con las mismas nieves, etc., y todos los veranos con el mismo calor y los mismos ardores.

Mas no sucede así, pues el correr de los años suele traer de cuando en cuando inviernos tan rigurosos por lo crudos que quedan como memorables en la tradicion y en la historia. Otro tanto acontece con los veranos.

¿Cuáles pueden ser las causas que influyen en las diferencias que de un año á otro se observan en la misma estacion y en una misma comarca? Muchas de seguro; que la accion de los rayos solares se modifica muy notablemente, con el distinto avance hácia el Ecuador, de los hielos polares flotantes en el mar, con el estado de diafanidad, ú opacidad de la atmósfera, con la movilidad de esta, con los trabajos del hombre en los bosques, pantanos, lagos, ciudades, páramos, etc.

Pero de todos modos, se observa cierta repeticion extraña en la presentacion de los inviernos rigurosos, por lo cual, además de las circunstancias indicadas que explican indudablemente las diferencias que de unos inviernos á otros se observan, hay seguramente alguna general, de la que resulta el que de tiempo en tiempo se presente un gran invierno.

Ahora bien, los meteorólogos han estudiado con empeño la cuestion de si existe ó no periodicidad en la presentacion de inviernos crudos, pero la verdad es que hasta el presente no hay más que conjeturas y aproximaciones, á causa principalmente de carecer de datos científicos positivos, para fijar la verdadera intensidad del frio en los inviernos de los siglos pasados.



EL NÉCTAR GERMÁNICO, cuadro por G. Geiger

Segun Renou, los inviernos rigurosos no están distribuidos en el trascurso de los tiempos de un modo irregular, sino que forman grupos separados por períodos de 20 años sin inviernos crudos. Los inviernos que componen cada uno de estos grupos se distribuyen, pues, alrededor de un invierno excesivamente riguroso, al cual denomina el meteorólogo mencionado, *invierno central*. Estos inviernos centrales están separados unos de otros por intervalos de 41 años precisamente, pero además de estos inviernos extremadamente crudos se han presentado en los períodos intermedios algunos otros tambien de bastante notoriedad.

Hé aquí, segun estos conceptos, la lista de los inviernos rigurosos desde el siglo xv hasta el presente; los grandes inviernos centrales van designados por cifras más gruesas.

AÑOS					
1400	1508	1595	1665	1748	1802
1416	1511	1603	1670	1754	1820
1420	1512	1608	4672	1755	1823
1422	1524	1616	1677	1757	1829
1432	1538	1621	1695	1758	1830
1458	1542	1624	1696	1763	1838
1460	1544	1625	1707	1766	1841
1464	1548	1633	1709	1767	1845
1469	1565	1636	1716	1768	1870
1490	1571	1638	1729	1776	1871
1494	1572	1656	1740	1784	1877
1499	1582	1658	1742	1789	1879
1500	1584	1660	1745	1795	1880
1503	1591	1663	1747	1799	

Y efectivamente, los años que quedan indicados se han hecho memorables por sus crudísimos inviernos.

Otro meteorólogo, H. Köppen, de Hamburgo, ha publicado otra lista de inviernos rigurosos, comprendiendo por tales aquellos en que se ha hecho muy notable la duracion del frio; en que se han helado los lagos de Suiza, los rios principales de la Europa central, ciertas partes del mar del Norte y del Báltico, y algunos puertos del Mediterráneo; inviernos durante los cuales el historiador ó comentador que de ellos haya tratado, lo haya hecho siempre comparándolos á otros ya memorables por su crudeza y duracion.

Con este criterio y atendiendo á numerosísimos datos suministrados principalmente por los trabajos de Pilgram, Pfaff, Arago, Sonklar, Botte y Kopp, ha formado el referido Köppen una lista aún más completa que la de Renou, y en la cual designa generalmente los inviernos rigurosos, por el año en que terminan.

AÑOS

462	1216	1514	1680
605	1225	1518	1684
717	1234	1534	1695
764	1236	1544	1697
822	1257	1548	1709
860	1269	1565	1716
864	1272	1568	1726
874	1276	1570	1729
880	1282	1571	1740
881	1305	1573	1744
893	1316	1587	1755
913	1318	1594	1760
928	1323	1595	1763
975	1363	1599	1766
991	1392	1600	1767
994	1407	1601	1768
1020	1408	1603	1771
1044	1420	1608	1776
1047	1422	1612	1784
1060	1423	1621	1785
1074	1432	1622	1789
1076	1434	1624	1795
1077	1435	1635	1799
1124	1442	1638	1814
1125	1443	1655	1830
1126	1458	1658	1843
1133	1460	1660	1852
1145	1490	1665	1855
1157	1491	1667	1870
1179	1492	1670	1875
1210	1503	1674	1879

Segun Köppen, los grandes inviernos están separados por períodos de 130 años, pero durante estos grandes períodos hay otros períodos intermedios de presentacion de inviernos crudos, si bien no tanto como los grandes inviernos de cada 130 años.

Estudiando Köppen cuál pueda ser la causa de esta periodicidad en la presentacion de los inviernos crudos, ha hecho notar que estos coinciden generalmente con los años en que se presentan el maximum de manchas en la superficie del Sol, y con los años en que se presenta el minimum.

Pero haya regularidad ó no en la presentacion de los grandes inviernos, y sea cualquiera la causa ó combinacion de circunstancias que hagan que de tiempo en tiempo los inviernos sean más rigurosos, es lo cierto que la historia menciona años en los que por el rigor y duracion del frio, por sus desastrosos efectos sobre los animales y las plantas, por la abundancia extraordinaria de hielo y nieve se ha advertido notoriedad bastante para que la humanidad guarde memoria de ellos.

De los inviernos rigurosos presentados en tiempos muy notable, mencionada por los autores coetáneos. Así del invierno del año 271 ántes de Jesucristo se sabe que fué tan riguroso que la nieve duró *cuarenta días* hasta una altura prodigiosa en el Foro de Roma; 61 años más tarde, cuando con motivo de la segunda guerra púnica pasó Aníbal con su ejército desde España á Italia, por las Galias, le cogió, segun la relacion de Tito Livio, uno de los inviernos más abundantes en nieves que se habian conocido hasta entonces en España, en las Galias y en Italia, siendo atroces los sufrimientos de los soldados de



MESTIZAS DE FILIPINAS, dibujo por J. Montano

Aníbal, y sólo comparables á los que tuvieron que soportar los diez mil griegos en su famosa retirada desde Cunaxa hasta el Ponto-Euxino, cuando les sorprendió el frío en las montañas de la Armenia, ó los que destruyeron el gran ejército de Napoleon en la célebre y trágica retirada de Rusia el año 1813. Al mismo tiempo que Aníbal sufría los rigores del frío en Francia y en Italia, los ejércitos de España no lo pasaban mejor; Scipion sitiaba la ciudad de los Ausetanos junto al Ebro; los pobladores no tuvieron más defensa que oponer á los soldados romanos que la que el extremo rigor del frío les proporcionó. Treinta días duró el sitio, durante los cuales, los cuatro piés de nieve que cubrían las montañas y el mismo campo de los sitiadores imposibilitaban todas las maniobras y protegían la plaza contra los ataques y fuegos lanzados por los de fuera.

El invierno del año 177 ántes de J. C. fué tambien de los más rudos, segun el testimonio de Tácito. El ejército romano, que hacia la campaña en el Asia menor, país templado y hasta cálido, tuvo que soportar frios tan terribles, que los soldados quedaban muertos en las guardias, ó perdían sus miembros completamente helados al trabajar al aire libre. Algo más tarde, 66 años ántes de J. C. se presentó otro invierno tan crudo, que llegaron á helarse los rios y los mares hasta en los puntos más meridionales de Europa; Strabon cita el caso curiosísimo, referente á aquel invierno, de que allá en el Oriente uno de los generales de Mitridates desafió y batió á la caballería enemiga, sobre la superficie helada de la *Palus Meotides*, es decir, del mar de Mármara, precisamente en el mismo sitio en donde fueron en otra ocasion vencidos en un combate naval.

* *

Ya en la era cristiana los primeros inviernos rigurosos de que se hace memoria son los de los años 401, 544, 559, 670, 717, 762 y 763. En 401 la superficie del mar Negro se heló por completo; las pintorescas y animadas costas de la Macedonia y del Asia menor presentaban el mismo aspecto que las frías y solitarias regiones polares; las

de ordinario cálidas regiones donde se asientan Salónica y Constantinopla sufrieron los rigores del clima propio de la Laponia y la Siberia; y al sobrevenir el deshielo, durante más de un mes, los grandes témpanos de hielo procedente del mar Negro, bajaban flotando al mar de Mármara ni más ni ménos que sucede en el mar del Norte cuando los enormes *icebergs* procedentes de los mares polares, descienden flotando hácia las costas de Escocia y de Noruega.

El invierno del año 544 fué tan riguroso, que se helaron casi todos los rios de las Galias y de la alta Italia, aún los de más pendiente; una espesa capa de hielo y nieve cubrió largo tiempo toda la Europa, y los pájaros y la mayor parte de los animales libres se dejaban coger á mano sin la menor resistencia. En 559 los búlgaros, pasando sobre el Danubio, completamente helado, invadieron la Tracia y llegaron hasta los arrabales de Constantinopla. En 566 y 670 la nieve fué tan abundante y tan duradera en la mitad meridional de Europa, que innumerables animales quedaron muertos de frío y de hambre por todas partes; en Constantinopla y comarcas vecinas, el tiempo fué verdaderamente polar por lo crudo. Lo mismo ocurrió en el invierno del año 717; la mayor parte de los caballos y camellos del ejército de los sarracenos que sitiaban á Constantinopla, perecieron de frío. En 762 volviése á helar por completo el mar Negro, montañas flotantes de hielo cruzaban el mar de Mármara; una espesa capa de nieve, de veinte codos de altura, segun los cronistas de la época, cubrió después los témpanos contribuyendo á retardar el deshielo y á hacer más largo y continuado el invierno. En 763 el mar de Mármara se llegó á helar tambien por completo, además del mar Negro, de modo que á un lado y á otro del Bósforo se extendió enorme capa blanca y rígida de hielo y nieve; heláronse los rios de la alta Italia y de la Galia, cayendo en alguno de los parajes de estas regiones hasta una capa de nieve de diez metros de altura.

* *

Los inviernos del siglo IX de que hacen mencion las

relaciones de aquel tiempo, son los de los años 822, 823, 829, 843, 860, 874, 887 y 893. Casi todos ellos se hallan en la lista de Köppen, en la cual se indican el 822, el 860 y el 874 como de los más rigurosos.

Efectivamente, en el invierno del 821 al 822 todos los rios de las Galias y de Germania estuvieron completamente helados más de treinta días, hasta el punto de poderlos atravesar y aún seguir su curso, utilizándolos á modo de carreteras, á caballo y con carros, trineos y otros vehículos. Sobrevino después el deshielo de repente ocasionando grandes inundaciones en todos los campos y ciudades de las riberas. Al año siguiente, en 823, las víctimas ocasionadas por el frío fueron tambien innumerables.

El invierno del 829 debió ser de los más rigurosos; en toda la region mediterránea se sintió un frío verdaderamente polar; entónces fué cuando el patriarca de Antioquia, Dionisio de Talmhra, en su expedicion á Egipto con el califa Al-Mamun, encontró el Nilo helado.

En 843 hubo gran mortandad en toda Europa por causa del frío, pero mayor fué aún en el gran invierno del 860; entónces se heló el vino en las bodegas, congelóse la superficie del Adriático y las lagunas de Venecia se convirtieron en mercados y en hipódromos, por donde circulaban mercancías y cabalgatas.

En 874 tres cuartas partes de Europa quedaron durante cinco meses cubiertas por la nieve; la gente se encontró aprisionada todo este tiempo en los poblados, sin caminos, sin comunicaciones y sin nada; los animales perecieron por todas partes en los campos; los bosques envueltos en la nieve estuvieron medio año inabordables, y ni leña ni caza pudieron proporcionar; sólo en las Galias, segun Fulde, pereció la tercera parte de la poblacion.

Del siglo X el invierno más memorable fué el del año 975, que figura en la lista de Köppen como uno de los más crudos, y en efecto las nevadas duraron en las regiones templadas de Europa hasta el mes de mayo.

Los grandes inviernos desde el año 1000 en adelante merecen artículo aparte.

DOCTOR HISPANUS

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfacción de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicacion de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprension de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproducen estilos y modelos de arte. Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la más importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMP. DE MONTANER Y SIMON